

de que tratamos. Estos nombres, que pudieran fácilmente multiplicarse, son el más elocuente testimonio del espíritu energicamente religioso que reinaba todavía en la Italia del Renacimiento; pues «tales frutos no suelen madurar en los árboles dañados y podridos hasta la médula» (1).

Pero si, conforme á esto, es una falsedad el extender la pagанизación á todas las clases de la sociedad italiana del siglo xv; por otra parte, tampoco hay que negar, que las peligrosas tendencias del Renacimiento penetraron, principalmente en las clases elevadas, de la manera más perniciosa. Y ¿cómo podía ser de otro modo, cuando la halagüeña doctrina de Epicuro y la frívola sabiduría práctica de la Roma de Augusto, se presentaban con un ropaje mucho más agradable que la moral cristiana? La vana doctrina de los dioses del paganismo llegó á atraer pronto á la generación corrompida y codiciosa de placeres de aquella época, más que el Evangelio del Salvador paciente y la Religión de la abnegación y de la abstinencia; y por desgracia, aun muchos dignatarios eclesiásticos, dieron al Humanismo más lugar de lo que era conveniente; lo cual, por mucho que sorprenda á primera vista, es sin embargo fácilmente explicable.

Ante todo influyó en ello el espíritu mundano, muy difundido entre el clero de Italia, por efecto de la residencia de los papas en Aviñón y las turbaciones del cisma que le sucedieron (2). Al propio tiempo el Humanismo había alcanzado una potencia tal, que hubiera sido empresa temeraria, en las circunstancias de entonces, tomarse con él cuerpo á cuerpo. Finalmente (y ésta debió ser la causa principal por qué no se llegó á un conflicto abierto entre la Iglesia y el falso Renacimiento), los partidarios de dicha escuela, casi sin excepción, se esforzaban solícitamente por evitar todo encuentro con las autoridades eclesiásticas, y vivían en una amigable concordia con ellas, por lo menos en su conducta exterior. La clase de los bellos y libres espíritus, miraba el terreno de la doctrina eclesiástica como absolutamente apartado de su esfera; y aunque en sus escritos invocaban á los antiguos dioses paganos, y repetían las máximas de los filósofos gentiles, procu-

(1) Rohrbacher-Knöpfler 365. Un catálogo de todos los Santos y beatos de la época damos en el tomo III³⁻⁴.

(2) Alegaciones en el tom. III³⁻⁴ de la presente obra. Cf. también los datos aducidos por Alessio 419; Mancini, Valla 128. y Monnier I, 97.

rabán, sin embargo, casi siempre, por medio de artificios dialécticos, poner sus opiniones en armonía con las doctrinas de la Iglesia, cuya verdad y autoridad hacían valer, cuando era necesario, los representantes de esta escuela (1); y el burlar la vigilancia de las autoridades eclesiásticas les era tanto más fácil, cuanto que muchas veces costaba determinar, dónde empezaba á ser peligroso su juego con las antiguas ideas.

Todo el mundo sabe, qué extraña mescolanza de palabras, imágenes y pensamientos, cristianos y paganos, fué usual en la época del Renacimiento; por parte de la Iglesia se mostró amplia tolerancia con las ridículas exageraciones de este género; y mientras se mantuvieron en el terreno de la literatura, no podemos menos de aprobar aquel benigno modo de proceder. Cuando los humanistas, por temor de pecar contra la latinidad de Cicerón, se esforzaban en expresar con frases antiguas los conceptos cristianos; cuando usaban las fórmulas paganas de aseveración, invocaban el favor de las musas ó de Apolo, se servían del plural «dioses» (2); todo ello era todavía una moda indudablemente más ridícula que peligrosa. Aun en el hecho de Ciriaco de Ancona, que elegía por su numen protector á Mercurio y, al partirse de Delos, le dirigía una oración escrita; no vieron los contemporáneos motivo de escándalo, contentándose con reírse de aquel extraño fanático, y celebrarlo como nuevo Mercurio, «tan inmortal como el de la gentilidad» (3). La indulgencia de los prelados eclesiásticos hacia el falso Renacimiento, no se comprende sin embargo suficientemente, si no se toma en consideración que las ten-

(1) Grenzböten 1884, Nr. 21, p. 369. Cf. Gieseler II, 4, 504; Schnaase VIII, 533; Müntz, La Renaissance 15-16; Gaspary II, 198.

(2) Voigt, Wiederbelebung II³, 473; Cf. Paulsen 7. 33, y Müntz, La Renaissance 12. Mas los ejemplos de este género no se hallan sólo en Dante. (v. Wegele 498 s. 501. 522), sino ya anteriormente; cf. F. Piper, Mythologie der christl. Kunst 2 Bde. Aquí se trata también de la exageración de esta moda en tiempo de León X, de que más adelante nos ocuparemos (I, 1, 285 ss.): cf. también Cantú I, 189. Que no se ha de juzgar con demasiado rigor á los pedantes que todo lo latinizaban, lo acentúa también Burckhardt, Kultur I, 274.

(3) Voigt loc. cit. I, 285. La plegaria de C. comienza: Artium mentis ingenii facundiaeque pater alme Mercuri, viarum itinerumque optime dux etc. O. Jahn lo ha publicado en Bull. dell' st. di corr. arch. 1861 p. 183. Digamos aquí que el entusiasmo de Ghiberti por los griegos fué tan lejos, que no contaba los años por la Era cristiana sino por las Olimpiadas. Rio I, 315.

dencias peligrosas, que quedan bastantemente señaladas, no eran las únicas dominantes.

Al lado del falso Renacimiento estaba el *Renacimiento verdadero y cristiano*.

El entusiasmo por los tesoros del mundo antiguo, no era menor en los partidarios de esta escuela; también ellos reconocían en los clásicos uno de los principales medios de formación; pero, al propio tiempo, tenían conciencia de los peligros que traía consigo la resurrección de la antigua literatura, principalmente en las circunstancias de aquella época. Muy lejos de sacrificar más ó menos á la gentilidad el Cristianismo, que desde muy atrás se había convertido en carne y sangre del pueblo, seguían la tradición de Dante y las mejores tendencias de Petrarca, buscando la salvación en la concordia de los nuevos elementos educativos que sobrevenían, con las eternas verdades del Cristianismo. Con razón se espantaban ante la idea de desentenderse completamente de todos los factores y elementos que habían formado el espíritu de aquella sociedad, á lo cual debía conducir el proceder de los humanistas radicales. Miraban con horror puestas en peligro todas las tradiciones nacionales y religiosas, y comprometido con esto todo éxito favorable de aquel mismo movimiento literario. El programa de estos varones, á cuyo número pertenecieron los humanistas más distinguidos por su prudencia y madurez, era, pues: la conservación de las tradiciones religiosas y nacionales, el cultivo de la Antigüedad con espíritu cristiano y nacional y la conciliación del Renacimiento con el Cristianismo (1).

Como representantes de semejante Renacimiento cristiano, deben ser considerados entre otros: Gianozzo Manetti, Ambrosio Traversari, Gregorio Corraro, Francisco Barbaro, Maffeo Vegio, Vittorino da Feltre y Tomás Parentucelli, que fué más tarde Nicolao V.

Gianozzo **Manetti** (1396-1459), el amigo de los Papas Eugenio IV y Nicolao V, estaba profundamente convencido de la verdad del Cristianismo; y solía decir, aquel noble varón á quien se debe considerar como uno de los más eruditos de su época (2), que

(1) Cf. Janitschek 14—15; v. también Burckhardt, Kultur II, 224 s.; Norenberg II, 13; Villari I, 109 s. y Müntz, La Renaissance 16. 17. 91.

(2) Burckhardt, Kultur I, 237.

la fe cristiana no era sólo fe, sino certidumbre, y la doctrina de la Iglesia tan verdadera como un teorema de Matemáticas. Por muy grande que fuera el ansia de saber de Manetti, no se ponía jamás á trabajar, sin haber oído antes la santa misa; y en general, ofreció toda su erudición al servicio de la Iglesia. Aunque lego, estaba muy versado en la Teología, y aun escribió sobre estas materias, por ejemplo, traduciendo el Nuevo Testamento y los Salmos. Tres libros había estudiado con tan infatigable ardor, que puede decirse los sabía de memoria: las Epístolas de San Pablo, la Ciudad de Dios, de San Agustín, y la Ética de Aristóteles. Manetti fué también el primero, y para Italia, al menos por mucho tiempo, el único humanista, que se ocupó en el estudio de las lenguas orientales, aprendiendo el Hebreo, para defender la verdad cristiana, y comenzando á componer una grande obra contra los judíos, á los cuales quería rebatir con sus propias armas. La vida de este eximio erudito, cuyos nobles rasgos inmortalizó Donatello en la estatua del profeta Daniel, fué ejemplarísima, y su amigo y biógrafo Vespasiano da Bisticci, asegura que, en un trato con él de cuarenta años, nunca le oyó una falta de verdad, ni una maldición ó juramento (1).

Maestro de Manetti había sido el piadoso Ambrosio **Traversari**, general de los camaldulenses desde 1431. Este eminente varón fué, como hombre y como sacerdote, dechado de pureza y santidad; como general, un ejemplo de prudente severidad y blandura, digno de imitación; como sabio, un provechoso escritor y trabajador, y como legado, uno de los más sagaces, activos y animosos políticos de su época. Traversari fué propiamente el primero que trasplantó al terreno eclesiástico el movimiento humanista, reuniendo en su monasterio de Santa María de los Ángeles, de Florencia, á la flor y nata de los eruditos florentinos, clérigos y legos en abigarrada mezcla, para oír con grande atención sus conferencias sobre la lengua griega y latina y la literatura, y sus disquisiciones sobre cuestiones filosóficas y teológicas. El biógrafo de Lorenzo de' Médici describe con palabras entusiastas la época en

(1) Una extensa biografía de Manetti escribió en latín Naldo Naldi, apud Muratori, Script. XX, 529—608. Cf. Galletti 129—138; Vespasiano da Bisticci, Commentario della vita di G. M., ed. Fanfani, Torino 1862 (ed. Frati II, 33 ss.); Zeno I, 170 ss., y Meiners II, 279 s. Puede verse una imagen de la estatua de Donatello en Semper 12.

que brotaban de aquel monasterio brillantes resplandores del ingenio, que iluminaban las casas y palacios florentinos, y por medio de ellos á todo el mundo. Todos los miembros de aquel círculo, procuraban á porfía adquirir una ciencia verdadera y fundamental, para utilizarla en provecho de la vida privada y pública, y por ventura nunca se ha vuelto á ver otra reunión semejante. El mismo Tomás Parentucelli, que conocía por experiencia propia la actividad literaria del piadoso general de los Camaldulenses, no hallaba, después que fué elevado á la cátedra de San Pedro, cosa digna de parangonarse con él (1).

La incansable actividad de Traversari para la reforma de su Orden, y los innumerables esfuerzos y fatigas á que se sometió como Legado Pontificio, no fueron bastantes para amenguar su vivo interés por la literatura, así griega como latina; y á pesar de la grave carga de los negocios que le estaban encomendados, siempre hallaba tiempo para buscar en las bibliotecas raros manuscritos, sacar copia de ellos, investigar modelos literarios, indagar las antigüedades, tanto cristianas como paganas, y animar á otros, por medio de cartas, al estudio de las ciencias. Sus eruditos trabajos se referían por la mayor parte, á los escritores eclesiásticos griegos, materia en la cual ninguno de sus contemporáneos se le puede igualar, así en la abundancia de libros como en el conocimiento de ellos (2). En su angustiosa escrupulosidad de conciencia, no tenía Traversari por conforme con su vocación, el emplearse en traducir escritores profanos. Y cuando, á pesar de esto, condescendiendo con los ruegos de su magnánimo amigo Cosme de' Médici, tradujo las Vidas de los filósofos, de Diógenes Laercio, sólo se consolaba con el pensamiento de que también aquella obra podría aprovechar á la Religión cristiana; porque, cuando las Vidas de los filósofos paganos fueran más conocidas, se entenderían mejor las prerrogativas del Cristianismo.

Además de Gregorio *Corraro*, erudito pariente del Papa Gre-

(1) Reumont, Briefe heiliger Italiener 109—110, y Lorenzo de Medici I^o, 388.

(2) Junio de Voigt (I^o, 318), que por lo demás no muestra ciertamente ninguna predilección por Traversari; cf. Piper, Monument. Theologie 663 Ann. 3. Sobre Traversari como arqueólogo Müntz, Précurseurs 113 s.; sobre su influencia en la Ciencia jurídica: Savigny VI, 422 s.; sobre sus cartas: Luiso, Riordinamento dell'epistolario di A. T. (Firenze 1898—1899. En general cf. Rossi 25 s.

gorio XII, se ha de citar entre los humanistas cristianos á Francisco *Barbaro*, que como él, procedía de una noble familia veneciana (1). Ya por las tradiciones de su familia, ya por sus propios sentimientos, este humanista enlazado por amistad con casi todos los eruditos de Italia, estaba cordialmente dedicado á la Iglesia; consagró á la exaltación de la Autoridad pontificia, en las negociaciones de los concilios de Basilea y Florencia, el mismo interés que á las necesidades religiosas de sus encomendados, y fué un ejemplo eminente de la unión de las tendencias humanista y eclesiástica, en aquella época en que la segunda comenzaba á andar ya muy decaída (2).

También *Maffeo Vegio* (1407-1458), que tan grandes méritos se conquistó con la investigación de los antiguos monumentos cristianos de Roma, debe ser aquí nombrado. Por semejante manera que en Petrarca, hacía en él profunda impresión «el elocuente y dulce libro de las Confesiones» de San Agustín, hasta producir un cambio radical en los sentimientos del que hasta entonces se había entusiasmado exclusivamente con los estudios clásicos, moviéndole á consagrarse del todo á la literatura cristiana. No es éste el lugar de enumerar la considerable serie de las obras de aquel erudito; pero no podemos dejar de mencionar su libro, en otro tiempo muy leído, sobre la Educación, obra excelente que aseguró á su autor, en todos los tiempos, un lugar distinguido en la Historia de la Pedagogía. En ella recomienda calurosamente la lectura de los clásicos, como medio de formación; pero exige juntamente el estudio de la Sagrada Escritura, como contraveneno, para evitar que penetre en los ánimos juveniles un criterio pagano acerca de las cosas prácticas; previene expresamente contra los autores elegíacos por lo lúbrico de sus argumentos, y quiere también que los cómicos sean reservados para los años de madurez varonil (3). En

(1) Sobre G. *Corraro*, que se arrepintió de las faltas de su juventud cf. Agostini, Scritt. Venez. I, 113 ss.; ibid. II, 28 ss. Sobre *Barbaro*, Voigt, Wiederbelebung I^o, 419 s., y Nösler, Dominici Erziehungslehre 125 s. 150 s. Respecto las Epist. de B. editadas por Sabbadini, cf. la erudita recensión de Wilmanns en el Gött. Gel. Anz. 1884 p. 849—885. A Gregorio *Corraro* dedica un hermoso artículo Reumont, Beiträge IV, 299—356. Cf. también Cloetta, Beitr. z. Litt-Gesch. (Halle 1892) II 147 s. Rösler, Dominici 125 s. Voigt-Zippel 44.

(2) Juicio de Wilmanns en el lug. cit. 850.

(3) Voigt, Wiederbelebung II^o, 39 f. 461 s. Kämmler en Schmid's Encyclopädie des Erziehungs und Unterrichtswesens (Gotha 1873) IX, 656 ss., y Kopp,

tiempo de Eugenio IV, pasó Vegio á Roma, donde fué secretario de Breves, luego datario y canónigo de San Pedro, y entró finalmente en la Orden de los Canónigos regulares de San Agustín. Murió hacia fines de 1458, en el primer año del pontificado de su amigo Pío II, y fué sepultado en San Agustín, en la misma capilla donde, por su solicitud, las reliquias de la madre de San Agustín, trasladadas desde Ostia á Roma en 1430, habían hallado un decoroso lugar donde son veneradas. La vida pura de Vegio, su caridad, humildad y devoción, fueron celebradas aun fuera de la Orden á que perteneció en los últimos años de su vida, y el librero florentino Vespasiano da Bisticci le dedicó un elogio entusiasta (1).

La más atractiva y amable personalidad, entre los representantes del Renacimiento cristiano, es **Victorino da Feltre**, el mayor pedagogo italiano de la época del Renacimiento. Pertenece Victorino al número de aquellos hombres, que consagran todo su ser á un solo objeto, para el cual son en alto grado aptos por su talento y prudencia (2); y al marqués Juan Francisco Gonzaga

M. Vegio (Luzern 1887), así como la traducción y aclaraciones del mismo autor en M. V. s. Erziehungslehre en el t. II de la Bibl. d. kathol. Pädagogik (Freiburg 1889).

(1) Mai, Spicil. I, 653—655 (ed. Frati II, 220 ss.). Cf. Voigt loc. cit. 39 s.; Schweminski, P. P. Vergerius und M. Vegius (Posen 1858, Programm); Kopp loc. cit.; Minoia, Vita di M. V. (Lodi 1876), y Voigt-Zippel 44 s. Sobre la obra de Vegio acerca S. Pedro, que marca el principio de la Literatura arqueológica cristiana (Piper, Monument. Theologie 671), hablaremos de nuevo al tratar de Nicolao V. Sobre Vegio como épico cf. Geiger, Vierteljahrsschrift für Kultur und Litteratur der Renaissance (1885) I, 199 f. 201.

(2) Dice Burckhardt, Kultur I, 229, el cual con pocos rasgos trazó la mejor imagen del preclaro varón. Cf. Geiger, Renaissance 171; Voigt, Wiederbelebung I³, 553 ss.; Raumer I², 33 s.; Kämmerl in Schmid's Encyclopädie des Erziehungs und Unterrichtswesens IX, 722 ss.; Schmid, Gesch. der Erziehung II, 2, 36; Andres 42 sq. 58 sq. 123 sq. La preciosa monografía de Rosmini, Idea dell'ottimo precettore ecc.; las Notizie stor. int. a. studio pubbl. ed ai maestri del s. xv e xvi che tennero scuola in Mantova tratte dall'archivio stor. Gonzaga di M. per St. Davari (Mantova 1876); E. Benoit, V. de F. 2 vols. (Paris 1853), y La Casa Giocosa (Paris 1877). Cf. también Giorn. st. d. lett. ital. XVI, 122 s.; Rossi, Quattrocento 39 ss.; O. Antognoni, Appunti e memorie (Imola 1889 p. 39 ss.); A. Morlet, Vict. de F. et la Maison Joyeuse ou un lycée modèle au XV^e siècle en Italie (Le Havre 1880); Rösler, Dominicis Erziehungslehre 101 s.; Gerini, Gli scrittori pedag. ital. del s. xv, (Torino 1896), and W. H. Woodward, Vitt. da Feltre (Cambridge 1897). Hasta ahora sólo se conocía una carta de Victorino, cf. Mittarelli 1027; pero A. Lucio logró descubrir en el Archivo Gonzaga otros cinco muy característicos escritos de aquel gran pedagogo, y los publicó en el Arch. Veneto 1888. XVIII, 329 ss.

corresponde el mérito, de haber señalado á aquel egregio varón su vocación propia, llamándole á Mantua en 1423 para confiarle la educación de sus hijos y entregarle la dirección de la escuela superior de aquella ciudad. Victorino comenzó su obra con una fundamental purificación de la Casa Giocosa (mansión alegre) como se llamaba el nuevo establecimiento de educación, agradablemente situado en las cercanías del lago de Mantua (1). Por orden suya desaparecieron las magníficas alhajas de oro y plata, los criados livianos y los compañeros de juego; y en todas partes, substituyó á la anterior magnificencia, un orden severo y noble sencillez. Todas las mañanas debían sus discípulos oír la santa misa en la hermosa capilla de la casa, y luego comenzaba la instrucción, frecuentemente interrumpida con ejercicios corporales y recreaciones al aire libre. Victorino hacía acostumar á sus alumnos al frío y al calor, al viento y á la lluvia, siendo de parecer, que muchas enfermedades tienen su único origen en la vida ociosa y demasiadamente delicada. No había sin embargo, en su sistema de educación, ninguna dureza espartana; el ánimo de los jóvenes debía aprender á acomodarse al orden libremente, de suerte que no estuviera oprimido, sino por muchas partes despierto y excitado (2). En verano, emprendía con sus discípulos grandes expediciones, hacia Verona, al lago de Garda y los Alpes. Con férrea severidad exigía Victorino la urbanidad y las buenas costumbres, castigando sin miramientos, especialmente las mentiras, maldiciones y blasfemias, sin hacer en esto diferencia alguna cuando el culpable era uno de los príncipes. Sólo en los casos más graves golpeaba á los discípulos, no usando por lo general sino los castigos que afectan al honor. Vigilaba con señalada solicitud el comportamiento moral y religioso de sus discípulos, pues, según su parecer, la verdadera formación no puede obtenerse sino por medio de una íntima unión de la ciencia con la religión y la virtud. «Un hombre perverso—solía decir—no podrá jamás ser un perfecto erudito y menos un buen orador.»

El sistema de enseñanza de Victorino era sencillo y conciso, guardándose severamente de las agudezas entonces comunes. «A discurrir quiero yo enseñar—decía—no á delirar.» Los anti-

(1) Acerca de la Casa Giocosa cf. Rosmini l. c. 72; Davari l. c. 20, y el artículo de Paglia en el Arch. stor. Lomb. 1883 XI, 150—158.

(2) Brandes 12. Kämmerl a. a. O. 725; cf. Rosmini 81 ss. 144 s.

guos clásicos formaban, naturalmente, el fundamento de la enseñanza superior; pero eligiendo solícitamente los apropiados para la juventud (1); y el piadoso varón hablaba con tal enojo de los poetas lascivos, que, como dice uno de sus discípulos, parecían salir de su boca, no palabras, sino truenos y relámpagos. Explicaba los clásicos con el espíritu de los Padres de la Iglesia, haciendo resaltar con preferencia la verdad moral y religiosa que se halla en los escritores gentiles, y mostrando cómo todo aquello son únicamente pálidos vestigios de una primitiva revelación divina; sin ocultar los grandes defectos morales de los antiguos, aun de los más egregios, oponiéndoles expresamente la inmaculada pureza de los Santos y la verdadera imitación de Cristo, soberano é inasequible ideal de la Humanidad (2). Al lado de los estudios clásicos, no se descuidaban las ciencias Matemáticas, ni tampoco la Lógica y Metafísica; poníase especial atención en los trabajos escritos, y no se omitía cosa alguna conducente para excitar la actividad individual. Victorino estaba siempre dispuesto á ayudar á los menos capaces; desde muy temprano se presentaba entre sus discípulos y luego que los demás se habían entregado al sueño, trabajaba él todavía con algunos. Era ante todo y sobre todo, maestro, y aunque extraordinariamente erudito y provisto de ideas, no escribió casi nada, empleándose todo en su actividad pedagógica, la cual consideraba como una vocación comunicada por Dios, en la que empleaba todas las fuerzas de su alma pura y desinteresada, buscando y mirando en ella su más preciosa recompensa (3). Habiendo un monje rogado al Papa Eugenio IV, le diera permiso para acudir al establecimiento de Victorino, contestó el Santo Padre: «Vé, hijo mío; de buena gana te confío al más piadoso y santo hombre de los que ahora viven» (4).

La gloria de Victorino se extendió pronto por todas partes y de cerca y de lejos, aun de Francia, Alemania y los Países Bajos, confluían á él adolescentes ansiosos de saber, entre ellos no pocos menesterosos (5), á los cuales recibía Victorino con especial

(1) Aun hoy, dice Voigt I, 541, no negaríamos aplauso á los juicios de Victorino y á su apta selección.

(2) Brandes 14.

(3) Kämmer loc. cit. 725.

(4) Rosmini 200. Raumer I, 34.

(5) Acerca de un cartujo de los Países Bajos que fué á Mantua para

amor y, no solamente les enseñaba gratis, sino á su costa los mantenía, vestía y proveía de libros, y aun muchas veces socorría á sus familias. Para estos alumnos recibidos *per l'amore di Dio*, erigió Victorino un propio establecimiento, unido sin embargo con la escuela de los príncipes; por aquel colegio andaba solícito con la bondad de un padre, y por él lo sacrificaba todo, aquel hombre abnegado que nada reclamaba para sí (1). No es, pues, maravilla que sus alumnos miraran á tal maestro con amor y veneración; y uno de los más nobles entre ellos, Federico de Montefeltre, duque de Urbino, no menos distinguido por su valor, que por su formación y nobleza de sentimientos, tenía puesta en su palacio la imagen de Victorino con esta inscripción: «A su santo maestro Victorino da Feltre, que le enseñó á conocer la dignidad humana con su instrucción y ejemplo, dedicó esta memoria, Federico» (2).

La poderosa fuerza atractiva del gran pedagogo de Mantua estaba sobre todo, en sus elevados sentimientos religiosos, en sus cualidades morales, en su desinterés sin límites, conmovedora humildad y sencillez, y en el encanto de su ánimo de una pureza virginal (3). Todos sus contemporáneos hablan con especial reverencia de la piedad de Victorino. «Diariamente—refiere Vespasiano da Bisticci—rezaba el oficio divino como un sacerdote, observaba rigurosamente los ayunos, y acostumbraba á ello á sus alumnos. Antes y después de la comida, rezaba á la manera de los sacerdotes; recibía con frecuencia los santos Sacramentos, y mandaba también á sus discípulos que confesaran cada mes con los Observantes. Su casa era un santuario de buenas costumbres (4); de esta manera demostró con su ejemplo, este preclaro varón, que donde no falta un buen fondo moral, puede uno entregarse al estudio de la Antigüedad, sin padecer por eso naufragio en la fe. Al paso que Victorino mostraba en todas las cosas, que la ley moral cristiana era para él norma indiscutible en todos los terrenos, y acostumbraba á sus discípulos al uso regular y frecuente

aprender de Victorino la Teoría de la Música, cf. Ambros, *Gesch. der Musik* II, 486.

(1) Voigt I, 536.

(2) Rosmini 362.

(3) «Era di lui opinione, oltre alla continenza che noi abbiamo detto, che fusse vergine.» Vespasiano da Bisticci apud Mai I, 641; ed. Frati II, 223.

(4) Vespasiano da Bisticci l. c.